

Lo que dice Blasco Ibáñez  
(*El Mundo* [Puerto Rico], 16-2-1924)

Madrid, enero.—Se aplaude la generosa iniciativa del ilustre novelista Blasco Ibáñez que ha ofrecido establecer un fondo para que anualmente se dé un premio de 20 000 pesetas a la mejor novela española.

El jurado lo formarán los cinco novelistas más reputados de España y harán la selección libremente, es decir, sin que los autores aspiren al premio que se espera sea en España lo que el premio Goncourt es en Francia, es decir, un estímulo para los escritores de talento.

Habana, 1924.— Un periodista aprovechando el paso por La Habana del ilustre autor de *Cañas y barro*, le interrogó extensamente, y de su charla, interesantísima como todas las del maestro, reproduce la parte más sustancial.

Blasco Ibáñez admira a los yanquis por su inspiración, por sus audaces iniciativas, el exacto concepto técnico de las cosas y su habilidad insuperable para conquistar los mercados. Habla, como demostración de sus afirmaciones, de los progresos de la cinematografía, que en Norteamérica ha llegado a la suprema perfección y a la producción máxima. Enumera detalles, cifras, como hombre que conoce a fondo esta industria, y recuerda que él ha lanzado a actores como Rodolfo Valentino y Novarro, que ya han ganado una fortuna.

No obstante, a don Vicente le interesa más la novela. Pero por el film de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* le dieron 200 000 pesos, cosa que justifica de sobra su entusiasmo por las películas.

El periodista pregunta al glorioso autor de *La barraca* cuál es su novela favorita, y Blasco, como en otra ocasión, responde: «¡La próxima!». Y añade que de todas las ya escritas ha procurado olvidarse, porque es la única manera no repetirse. Esto, a su juicio, es esencial en un novelista. El pasado no le interesa. Prefiere lo que está por delante. Hay que avanzar siempre. «La vida —dice— siempre está enfrente.» Su desdén para lo pretérito llega hasta el punto de ignorar cuántas novelas ha escrito.

Tampoco sabe cuál es su éxito más rotundo. Quizás *Los cuatro jinetes*. Por cierto que este libro tiene una historia curiosa, que algún día escribirá. Los derechos de traducción solo le valieron trescientos pesos. Aún no habían entrado los yanquis en la guerra. En Madrid se le presentó una señora que apenas hablaba el castellano, pero que escribía bien el inglés. Pasaba muchos apuros económicos y quería traducir algún libro para ayudarse. Le pidió autorización, le ofreció los trescientos pesos y él accedió, halagado por la idea de que se le diera a conocer en los Estados Unidos. La obra se tradujo; pero ningún editor

norteamericano la quería aceptar. Hasta que Mr. Dutton, que ya había leído en francés novelas de Blasco Ibáñez, se decidió a imprimirla. Primero, 6000 ejemplares, que antes de un mes se habían agotado; luego, otros seis millares; después... muchos más. Mister Dutton comprendió entonces que aquello era una mina, y empezó una pasmosa campaña de propaganda, que dio un resultado formidable.

A los pocos meses, la celebridad prometía enriquecerle...

Un día en Montecarlo —Blasco asegura que él es el único jugador que ha ganado allí—, un representante de una empresa cinematográfica le ofrecía, de buenas a primeras, 200 mil pesos. Creyó soñar. Se pellizcó. Sin embargo, contestó que lo pensaría, aunque con el propósito decidido de aceptar. A la mañana siguiente se ultimaba el contrato.

Ahora —¡qué caray!— vive bien. Es rico. Ha capitalizado un millonaje para cada uno de sus tres hijos y se propone gastar lo que en lo sucesivo gane. El fin de la vida es la muerte. Lo demás no vale la pena. Y esto, en justa compensación a las privaciones sufridas en sus primeros años de lucha. Porque no todo fueron rosas en su camino. Hasta después de los cuarenta años no empezó a ganar dinero.

En su juventud fue un pobre diablo que no tenía dónde caerse muerto. Las pasó muy amargas. Fue periodista con un sueldo nominal de 40 duros. Estuvo en presidio por defender la independencia de Cuba... El desquite es justo.

Ahora, cuando regrese a España, después de su vuelta al mundo, constituirá un fondo de dos millones de pesetas para premiar todos los años la mejor novela de un escritor joven de habla española.

También comenta, a requerimientos de su interlocutor, la política internacional. Para Blasco, la situación europea es un caos de intereses, de exigencias, de principios. Inglaterra pretende mantener alta su moneda, y al mismo tiempo, vender. Francia, alegando que para algo ganó la guerra, quiere levantar a Alemania, pero teme que Alemania se levante. Y los Estados Unidos, en el balancín, sin saber a qué carta quedarse.

No ha dicho más Blasco Ibáñez. Pintoresco, locuaz, a veces indiscreto, se ha expresado con la sinceridad enfática que tanto le caracteriza y que más de una vez le ha proporcionado algunos disgustos.

Aunque cuanto ha dicho no tuviera interés, que sí lo tiene, bien merece extractar su amena charla ese plausible propósito de estimular con su dinero la literatura novelesca, en la que tanto renombre ha sabido conquistar.